

A tres años de la partida de Mariano Puga

Mariano Puga –*Manano, Mariano Pulga, el cura obrero...*– es de las pocas personas que uno conoce y no se te olvidan. Casi todo el mundo lo ubicaba en Chile. Tanto que en 2017 le robaron su morral de lana y apareció esta noticia en varios radios y TV hasta que alguien lo dejó avisando el lugar, porque allí iban unos remedios y su libreta de contactos. Todos lo quisimos. Los ‘patos malos’ también. Fue un cura jugado. Austero hasta la pobreza militante, se inspiró en Carlos de Foucauld. Vivió muchos años en su mediagua “la Penélope” en la población Digna Rosa, en Cerro Navia. Ahí lo conocí yo en 1986, aunque era amigo de mi abuela por el Sebastián Acevedo y la Vicaría de la Solidaridad. La Penélope tenía siempre huéspedes viviendo temporalmente allí o visitas de otras partes de Chile o de otros países. El día comenzaba en el pequeño oratorio a las 6 am., sin obligación. Alguien dijo : “Mariano Puga está presente en la conciencia de todos los curas de Chile”, no porque rezara mucho, sino porque seguía de verdad el Evangelio de cerca, y eso era notorio y nos producía alegría a moros y cristianos. Era un referente ético de los que la misma sociedad reconoce sin que nadie lo diga. Y era además simpático, paciente e impaciente al mismo tiempo, igual que Pierre Dubois. Atraía sin pedir que lo imitaran aunque era bien catete en sus ideas. Creo que entendía que no le hicieran caso (a Jesús y a Foucauld tampoco le hicieron mucho caso...). Fue un profeta enamorado y no siempre bien correspondido.



Puga se hizo obrero con un equipo de pintores de brocha y rodillo, trabajando todas las mañanas hasta el almuerzo para en la tarde atender las comunidades. Una vez, yendo a la casa de mi mamá en calle Lastarria escucho: “Robeeertoooo...!!!” Era el Mariano desde arriba de un andamio, con su cucurucho de papel y lleno de pintura que me hacía gestos de saludos. Hacía contacto empático con todo y todos. Imposible imaginar esos días que lo íbamos a despedir a él sobre un andamio... Puga de los andamios. Pocos saben de su amistad genuina con el cardenal Jorge Medina, conservador recalcitrante. Estuvo preso en Villa Grimaldi y allí un guardia le preguntó que como lo podía hacer para bautizar a su hijo. La primera vez que estuvo detenido en la primera comisaría de Santiago le dijo al que le tomaba el nombre “la última vez que estuve en esta casa fue para una fiesta de estreno en sociedad de fulanita apellido rancio”. Teniendo una cuna aristocrática tomó decididamente la causa de los pobres haciéndose él mismo pobre, y aprendió a pasarlo bien entre ellos. Creo que le costó pero a la hora de su muerte era indudablemente uno de ellos. Fue un activo miembro del Movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo y una vez cuando, sentados

en el suelo fueron rodeados por carabineros, Mariano se levantó con su porte honesto y le dijo al paco que estaba frente a él: “—usted ha venido aquí para castigar al pueblo, pégueme pues, aquí estoy yo, pégueme”. El paco le dio la espalda y se fue. Su honestidad avergonzaba a los que no lo son.



Con los que tuvo problemas al punto de herirlo dolorosamente fue con los obispos. Me visitó en 2013 en África, meses después del funeral de Pierre Dubois, en que tras una entrevista The Clinic le había titulado “*Los obispos no cachan una*”. Eso le trajo problemas con los aludidos y Mariano andaba como con el alma colgando. No le gustaba andar enemistado con nadie.

Su última Misa la celebró el 25 de febrero de 2020 en la explanada exterior de la Fiscalía Nacional, en calle Pedro Montt, ofreciéndola por la libertad de los presos de la revuelta social de 2019. Murió 17 días después el 14 de marzo en “La Minga”, su casa de Villa Francia. Su funeral fue un carnaval de colores y música de un pueblo agradecido de haber tenido a Mariano entre nosotros. Se fue en un cajón pintado de colores y sobre un andamio, como Dios manda. Con su gorro de lana, su acordeón y sus chalas.

